



el cuentacuentos 96

PRIMER PREMIO

UNA CUESTIÓN DE ATREZZO

de Ignacio Vigalondo Palacios (VITORIA)

Era un hombre con unas costumbres absolutamente normales y corrientes, hasta que comenzó con las investigaciones. Éstas comenzaron a raíz de un suceso azaroso, casual. Se llegó a imaginar los libros de texto y las enciclopedias de los años venideros, hablando de él, y de como el azar le había puesto en la pista del descubrimiento, sin duda alguna, más decisivo y fundamental que el género humano jamás se atrevió a realizar. Por supuesto que muchos tomarían el hecho como uno de esos mitos destinados a dar colorido a los grandes acontecimientos (Arquímedes nunca descubrió nada en su baño), claro que otros tantos lo entenderían como lo que fue: una espectacular conjunción de sucesos que desencadenaría un punto y aparte en el devenir de todo, algo que haría que nada volviese a ser lo mismo nunca jamás.

El caso es que, cierta mañana, se encontraba dando un calmoso paseo por la ciudad. Se hallaba en uno de los barrios periféricos cuando se adentró en el callejón que une las calles Miguel de Unamuno y Marqués de Santillana. Quería atajar en su paseo, aunque éste no le llevara a ninguna parte en concreto. No era una decisión normal. Aquel callejón era,

por varios motivos, un lugar escasamente concurrido: olía espantosamente mal y la suciedad campaba a sus anchas (era un nada oficial centro de abandono de basuras), además era un sitio estrecho, oscuro y siniestro (tenía a ambos lados dos altas y negras moles de ladrillo que parecían querer pegarse la una a la otra en cualquier momento). Ni siquiera se adentraban allí los vagabundos. Pero a él no le importó aquella vez la desagradable condición del angosto pasaje.

Una vez dentro, a mitad del camino, cometió la torpeza de tropezar con algo que jamás pudo identificar. Mientras se abalanzaba contra el suelo, sus brazos se entregaron a inútiles aspavientos, tratando de interponerse entre el suelo y las partes más vulnerables de su cuerpo. Entonces fue cuando su mano derecha tropezó y se agarró instintivamente a algo que parecía estar suspendido en el aire. El peso de su cuerpo hizo que ese algo se desgarrara. Se dio un agudo golpe en la frente. No le dolió excesivamente, aunque hizo que, en un momento, se cubriera de sangre su frente y se empaparan sus ojos. Se alarmó, y tras limpiarse la cara con un pañuelo, se alarmó aún más, no por la herida, sino por lo que tenía enfrente y acababa de ver. Era lo que su mano había sujetado y desgarrado: ni más ni menos que la realidad. Había una

larga rotura suspendida en el aire, abierta sobre nada en concreto. Su brazo había desgajado la existencia misma, y dentro de la rotura desaparecía todo lo definible, todo lo percible, todo lo comprensible.

Sus sentidos se desbocaron. Pero su capacidad de control y análisis reveló su eficacia: lejos de aterrorizarse o perder la razón, trató de asimilar la enormidad de lo que aquello significaba. Era abrumador. La realidad, tal como la entendemos, no era más que un atrezzo, un soporte sobre el que existimos, y tras él se hallaba la más absoluta ausencia de todo aquello que pudiera tener cabida en nuestro universo. Y lo más importante: era posible traspasar nuestro mundo y acceder a ese sitio, si se le podía llamar sitio.

Demasiado excitado por su descubrimiento, se fue corriendo a una papelería cercana, en busca de un cuaderno y algo con lo que apuntar y ordenar sus ideas. Tras comprar ambas cosas, volvió al callejón, pero allí la decepción fue mayúscula: el jirón había desaparecido. Gracias a las posibilidades de comprensión de su mente, no tardó en entender que la realidad era algo que, por alguna razón que tendría que dilucidar, se autorreparaba. Era lógico. ¿Cuántas veces, a lo largo de la historia, se habría roto nuestro mundo?

Viendo lo relativamente fácil que esto era, era probable que bastantes. Y sin embargo, ninguna fractura había permanecido, de ninguna se tenía noticia. Sí, él iba a ser la primera persona que rompiera la realidad y tuviera la suficiente capacidad para entender, estudiar y difundir las proporciones del hecho. Gracias a él, la humanidad iba a conocer la titánica verdad. Sentía su sangre bullir de la excitación.

Lo principal ahora era volver a hacerle un siete al universo. Estaba un poco cogido por los pelos, pero se podía tomar el callejón como un lugar donde la realidad era especialmente sensible. Faltaba ponerse a hacer movimientos lo más bruscos y certeros posibles para repetir el acontecimiento. En ese mismo momento empezó con ello; estuvo una hora saltando, agitándose, dando patadas y puñetazos al aire, sin obtener ningún resultado. Exhausto, se fue a descansar a un bar durante media hora y después volvió. Así hasta el anochecer. Al volver a su casa, con su cuerpo invadido por cientos de agujetas, elaboró un preciso horario en el cual distribuyó su tiempo de tal manera que podría dedicarle el mayor número de horas al callejón.

Así estuvo quince días. Los resultados no iban siendo nada satisfactorios. Sus costumbres habían variado

ostensiblemente: ya no paseaba ni acudía a los sitios habituales más de lo imprescindible. Sus relaciones con otras personas, a las cuales, obviamente, no había revelado su descubrimiento, se habían limitado más allá de lo sospechoso. Eso sí, su forma física estaba mejorando.

Una noche, en la cama, descansando de un sábado particularmente movido (quince horas en el callejón) tuvo una idea: quizás el acto de romper la realidad iba unido al acto de caerse, de enfrentarse al dolor, de crear una situación de violencia física. Quizás la realidad fuera vulnerable a la propia vulnerabilidad del ser humano, a la energía que se descarga con la furia del golpe. El dolor como fuerza destructora. El quebranto que quebranta. Era algo más poético que científico, pero sonaba bien. En definitiva, los siguientes treinta días fueron treinta dolorosas jornadas de chichones, moretones y fracturas. Él se llevaba al callejón un botiquín, y se pasaba horas enteras abalanzándose de cabeza contra el suelo, dando volteretas incompletas en el aire, comiéndose las paredes. No hubo ningún resultado positivo. Su forma física comenzó a perjudicarse seriamente. Sus conocidos empezaron a tratarle con cierta prudencia. Urgía un cambio de planes.

Una noche, mientras reposaba las contusiones, tuvo una idea que le entusiasmó: a lo mejor era necesario contar de nuevo con el azar que lo había hecho tropezar aquella vez, con lo accidental, con lo inesperado. Quizás era condición necesaria para alcanzar el objetivo el estar en medio de un tropezón o de un resbalón involuntario. El destino actuando, libremente, por su cuenta, construyendo y destruyendo a la vez todo lo cotidiano. Las ruedas del devenir arrasando a su paso toda posibilidad de entender nuestra realidad. Estaba excitadísimo. Había dado con algo que prometía mucho. Además, incluso, a lo mejor, lo que realmente abría las puertas a la nada era la combinación del movimiento brusco con un estado mental de alarma, con la violencia psíquica, con el aturdimiento de la caída. Todo encajaba a la perfección. ¡Había dado con la solución! Cayéndose voluntariamente, entonces, no podría hacer nada realmente eficaz. Tendría que buscar algún modo de golpearse contra algo duro sin saberlo previamente. Estuvo toda la noche en vela, pensando.

Probó, los siguientes días, a sembrar el suelo del callejón con obstáculos y trampas, y a olvidar después dónde los había puesto, pero la cosa no funcionó. Se puso a caminar con los ojos vendados, pero, aunque llegó a hacerse dos

buenas aberturas en la cabeza, no era suficiente. Caminando de espaldas los resultados eran mejores, pero no era capaz de evitar recordar dónde había colocado las trampas más peligrosas y eficaces: los tubos de plomo, los cascotes de ladrillo, las marañas de cuerdas, las sillas y el televisor que se había traído de casa (ya no le servía de nada), los colchones, con los muelles al aire.

Fue una idea particularmente brillante la de acercarse a un parque cercano y convencer a unos niños, gracias a unas monedas y algún que otro billete, de que colocaran cuidadosamente cacharros y trastos por todo el callejón. Así, él, con los ojos tapados, podría caminar sin saber lo que le aguardaba a cada paso. Los niños aceptaban el encargo como un extraño juego, como si colaboraran en alguna excitante broma. Después de divertirse sembrando el pasaje de obstáculos, contemplaban, atónitos, cómo el misterioso hombre se ponía a caminar a ciegas entre los restos, pegando irregulares zancadas, hasta caerse de bruces contra el suelo otra vez. Los niños estaban encantados. Pero todo empeoró cuando un padre, contrariado ante lo que su hijo le contó que estaba pasando en el callejón, se enfrentó a aquel inquietante personaje de la cara hinchada a golpes. No le hizo mucha

gracia que un desconocido le diera dinero a su hijo a cambio de algo que no estaba muy claro. Habló con las autoridades. Se armó un poco de revuelo, pero al final el tipo acabó siendo tomado por un pobre loco inofensivo. Sin embargo, no se le permitió volver a acercarse a los críos.

Todo aquel malentendido le asustó un poco, pero no amedrentó sus ganas de llegar hasta el final en sus investigaciones. A partir de ahora, tendría que agudizar su ingenio, tendría que poner al límite su capacidad de invención.

Pasaron seis meses, seis meses de días y noches de trabajo al máximo. Hasta que, un domingo por la mañana, fue encontrado en uno de los extremos del callejón, tumbado en el suelo. se encontraba en un estado de total inconsciencia. Su aspecto era realmente penoso: todo su cuerpo estaba lleno de cortes, heridas, contusiones e hinchazones. Las facciones de su cara estaban prácticamente desdibujadas, y sus extremidades parecían las de un muñeco de trapo relleno de con piedras. Sus ropas eran puros despojos. Los vecinos, para los cuales él era un solitario personaje a evitar, se encargaron de que fuese llevado al hospital más cercano. Fue imposible contactar con algún amigo o pariente suyo. Permaneció seis días en estado de coma y murió.

Poco después de su fallecimiento, la expectación creada en torno al sujeto creció de un modo desproporcionado. Cuando aquel callejón quedó libre de nuevo, y algún curioso se adentró en él, se topó con un sorprendente espectáculo: aquel sitio se había convertido en una espectacular exposición de los más variados objetos. Estos se hallaban colocados de mil estrambóticas maneras, apilados en montañas, agrupados en diminutas cordilleras, esparcidos por el suelo. Había complicados mecanismos de poleas y engranajes contruidos con tablas viejas y cuerdas raídas que, accionadas, permitían que algunos de estos restos se desplazaran. Era imposible atravesar de lado a lado el callejón sin tropezar con algo. Era tal la complejidad, la envergadura y complicación de aquella construcción, que nadie se atrevió a alterarla lo más mínimo. Primero se llamó la atención de la autoridad, después, la noticia de su existencia llegó a periodistas, a comunicadores, a artistas. Se protegió de las acciones de posibles vándalos. El enigma del callejón causó una curiosa conmoción en los medios de comunicación. Se habló del traslado de aquella obra a algún museo de arte contemporáneo. Se entrevistó a algunos vecinos acerca de la identidad de su anónimo creador. Algunos pensadores debatieron su naturaleza y función.

Había resultado ser un dantesco espectáculo construido en el corazón de la ciudad, a espaldas de todo. Una maravilla sin aparente sentido, fruto de la obra de algún extravagante cerebro. Una patada a toda lógica. Un desafío a toda comprensión. Todos coincidieron en que, en aquel humilde callejón, la realidad se había abierto en dos.